

Análisis Preelectoral

ISRAEL

Elecciones legislativas marzo 2015

Natalia Perez Velasco

Fecha de publicación: 15 de marzo de 2015

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán

Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos

Universidad Autónoma de Madrid

www.opemam.org

ISSN: en trámite

Resultado incierto en Israel

Dos años después, Israel vuelve a las urnas, y lo hace de nuevo por decisión del primer ministro Benjamin Netanyahu, que quería cambiar de socios de Gobierno y corregir los malos resultados de 2013. Entonces, el Likud participó en las elecciones de la mano del partido ruso Israel Nuestra Casa, de Avigdor Lieberman, pero la alianza de las dos principales formaciones de la derecha fracasó, y juntos perdieron once escaños. Este revés electoral, y la negativa de los laboristas a sentarse en el gabinete, obligaron a Netanyahu a elegir entre los religiosos o el partido que había dado la sorpresa en los comicios, el centrista Hay Futuro, y su líder, el mediático Yair Lapid. Se decantó por éste, probablemente con el objetivo de provocar su desgaste e impedir que, al frente de la oposición, se convirtiera en una alternativa real al Likud.

En estos dos años, Lapid se ha creado numerosos enemigos como ministro de Finanzas, además de haberse visto obligado a reducir considerablemente el alcance de su propuesta estrella de las pasadas elecciones, conseguir que todos los israelíes – ultraortodoxos y ciudadanos de origen palestino incluidos – cumplan el servicio militar o, en su defecto, uno social. A iniciativa de Hay Futuro, se ha aprobado el reclutamiento de los ultrarreligiosos, pero también se han mantenido 1.800 exenciones anuales para jóvenes estudiantes de la Torá, bastantes más de las 400 que el partido defendía en campaña. Además, con la formación de un Gobierno de centroderecha Netanyahu ha demostrado a los ultrarreligiosos que les puede dejar fuera del gabinete si plantean demasiadas exigencias; ya no son los únicos partidos bisagra de la política israelí, un papel que hoy en día también pueden ejercer los de centro. Aprendida esta lección, los ultrarreligiosos se ofrecieron a formar parte de su próximo gabinete incluso antes de que se adelantaran los comicios.

Cuando Netanyahu pidió a sus futuros aliados elecciones anticipadas lo hizo convencido de que nadie podía evitar que formara Gobierno por cuarta vez, la tercera consecutiva. La izquierda sigue desunida, convencidos los laboristas de que aliarse con el progresista Meretz les perjudicará electoralmente. El centro está neutralizado, con Kadima a punto de desaparecer, Hatnua y su líder Tzipi Livni “tocados” políticamente por su abierto respaldo al proceso de paz con los palestinos, y con Hay Futuro a punto de pagar el precio de haber defraudado a muchos votantes. Ni siquiera parece representar un gran peligro el nuevo Kolanu, una formación de centroderecha fundada por un popular ex ministro. En cuanto a los aliados ideológicos, los ultrarreligiosos parecen haber entrado en razón tras quedar fuera del último gabinete, y los otros dos partidos de derechas, Casa Judía e Israel Nuestra Casa, se verán obligados a prestar su apoyo al Likud si quieren acceder a alguna parcela de poder.

Sin embargo, lo que en un principio parecía que iba a ser un nuevo cómodo triunfo del Likud de Netanyahu, y un futuro Gobierno de la derecha y los religiosos, se ha transformado en una convocatoria electoral un poco más abierta, con los partidos de centroizquierda soñando con que una movilización de su electorado ponga en sus manos la llave del Ejecutivo. Convencido Isaac Herzog, como lo estaba la anterior líder laborista, de que el futuro de su partido pasa por situarse en el centro político, para estos comicios se ha aliado con Tzipi Livni y su lista Hatnua, que con el nuevo umbral electoral situado en el 3,25% de los votos estaba a punto de quedar fuera del Parlamento. Casi desde un inicio Unión Sionista, se colocó al frente de las encuestas y, aunque no ha conseguido distanciarse del Likud, se mantiene por delante. Quizá tenga algo que ver en ello el empecinamiento del primer ministro en centrar la campaña electoral en Irán, algo

que ya le pasó factura hace dos años, mientras la oposición aborda los problemas sociales y económicos que preocupan a la clase media israelí.

No es que un triunfo de Unión Sionista impida a Benjamin Netanyahu formar Gobierno, pero sí abre la posibilidad de que varios partidos intenten formar una coalición ideológicamente amplia, algo así como un frente anti-Netanyahu. Esto, que parece poco probable, ha sembrado la duda en el Likud, y ha abierto una guerra fratricida en la derecha, de la que Casa Judía puede ser el principal perjudicado. Consciente de que unos pocos escaños pueden marcar la diferencia entre formar o no Gobierno, Benjamin Netanyahu está centrando sus esfuerzos en frenar el ascenso de Naftali Bennett para quedarse con el electorado que su partido comparte con Casa Judía. En los primeros días de campaña fue Bennett quien tomó la iniciativa, intentando convencer a los electores de que votarle a él era la mejor manera de obligar a Netanyahu a formar un verdadero Gobierno de derechas. Ahora, sin embargo, es el todavía primer ministro quien trata de persuadir a los votantes de que, con Unión Sionista liderando las encuestas, la mejor manera de impedir un futuro gabinete de centroizquierda es que el Likud obtenga un fuerte respaldo electoral que borre de golpe toda posible alternativa. Esta pelea por el votante de derechas, especialmente preocupado por la seguridad de Israel, ayuda a entender en clave nacional la intervención de Netanyahu ante el Congreso estadounidense a pesar de la oposición de la Casa Blanca.

La igualdad en las encuestas ha suscitado tanta incertidumbre sobre quién formará el próximo Gobierno que ningún líder político se atreve a descartar a algún partido como posible socio, en especial si puede decantar la balanza hacia uno u otro lado. Por ello los ultrarreligiosos, que antes del adelanto electoral parecían haberse aliado a Netanyahu, se han apresurado a advertir públicamente que no descartan sentarse en un gabinete de centroizquierda. También el laborista Isaac Herzog ha comenzado a cortejarles personalmente, para mitigar así la animadversión que su socia Tzipi Livni y los ultrarreligiosos se profesan mutuamente. Incluso Yair Lapid, principal responsable de la ley que obliga a los ultraortodoxos a cumplir el servicio militar, no ha descartado integrar un gabinete con estos partidos, consciente de que es bastante probable que estén presentes en el futuro Gobierno, ni importa quién lo lidere. Hasta Netanyahu ya ha advertido que tiene previsto derogar el artículo de la ley que castiga con pena de cárcel a quienes eluden el llamamiento a filas, un mensaje dirigido a Shas, Judaísmo Unido de la Torá y el nuevo HaAm Itanu.

Pero si hay un elemento verdaderamente novedoso en estas elecciones es la presencia de una coalición de partidos árabes. Una alianza que fue inicialmente formada con el único objetivo de combatir la subida del umbral electoral, que podía dejar fuera del Parlamento a algunas de las formaciones políticas destinadas al electorado de origen palestino. Habrá que ver si, tras los comicios, la coalición se divide para mantener las diferencias entre partidos o se consolida, al modo de la antigua Lista Árabe Unida. También será interesante ver qué actitud adopta el resto de formaciones israelíes frente a una lista política que puede situarse como la tercera o cuarta más votada; era más fácil ignorar a los partidos árabes mientras ninguno superó nunca los cinco escaños, que rechazar el apoyo parlamentario de unos trece escaños.